

CESAR DAVILA ANDRADE

EL RECIEN LLEGADO

— relato —

Especial para "ANALEs" de la Universidad Central

Estaba arrimado a la pared de la tenería, cuando vió pasar volando-azul una gruesa mosca queresera, proveniente de los rojizos desagües de la curtiembre. En el instante en que la tuvo frente a sus narices, le tiró un bocado de corte perfecto, y la atrapó con los labios. Haciendo cómicos visajes, gozó el susurrante prurito del aleteo y la escupió enseguida entre alegre y asombrado. "pobrecita", pensó con graciosa superioridad, y quiso reír pero, de su ancha boca prominente, se escapó sólo un leve gruñido de júbilo semejante al que emiten los fox-terrier al jugar con los niños: "gau-gau-gau".

Hacía años —doscientos o quinientos— no la hubiera escupido. Eran tan sabrosas, y de adehala, antes de ser tragadas producían deliciosas comezones a lo largo del paladar. Sentirlas agonizar entre la lengua y aquel, era un placer tan delicado que, a veces, se deseaba aullar agudamente como cuando la luna guiña desnuda.

"El", pensaba estas cosas —o las recordaba— cuando vió que un hombre le llamaba por señas: "ven acá, tú", desde el portón de hierro de la curtiembre. Dió un pequeño salto, le brillaron los ojos, redondos como cuentas de cristal, y corrió a ponerse a órdenes del zapatero.

—Patrón, aquí —dijo y sonrió con su encantadora fealdad. Porque "él", tenía un rostro hecho como de trapo viejo, de viejas espumas, de laboriosa torpeza, y de ternura.

Su pequeña nariz parecía estar labrada en goma ro-

sada y, aunque siempre se hallaba húmeda, no podía afirmarse que era una nariz sucia. Al rededor de los ojos —saltones, atentos— le nacía una tupida vellosidad semejante a la espuma que se recoge en los bordes de las cañerías en los días de lluvia. La frente era pequeña y se veía reducida más aún por el pelo —un pelo lanoso y polvoriento— que le descendía en punta hasta las cejas hechas de polvillo borreguil. La boca era generosamente larga, y a veces, asomaba por ella, inmoderadamente, una lengua roja, larga, palpitante de saliva. Tenía unas orejas pequeñas, abarquilladas, y con la punta hacia atrás. La cabeza maciza y achatada como un puño, encontrábase cubierta de un pelo tupido de color albino que le descendía —muy pegado a la piel— hasta más allá del cogote.

Le habían regalado una especie de blusón de lana áspera que le ceñía como un pelaje, y unos pantalones de adulto, enormes, que se le abullonaban en el trasero y se enroscaban estrechamente a los tobillos por medio de unas cuerdas.

El zapatero le acarició la cabecita y le indicó un zurrrón rojizo y rezumante. Era una piel recién sacada del noque del curtidor. Se inclinó —sonriendo siempre— y sin esfuerzo aferró la pieza y se la tiró al hombro. No dijo una palabra; encorvado y ligero, echó a andar —gustosísimo— delante del zapatero.

Con su paso corto y saltarín, y sus pies menudos, casi redondos, remedaba la marcha característica de los perros, camino del hogar, después de un paseo callejero.

Durante el trayecto, volvió repetidas veces la cabeza —medio tronchada bajo el húmedo fardo— y con la mirada sonriente saludó al zapatero: le pedía su aquiescencia; deseaba congraciarse a toda costa, y de no ir cargado, seguramente hubiera intentado una cabriola de gratuita alegría.

Poco antes de llegar al taller, apareció por una esquina un viejo militar en retiro, armado de siniestros bigotes y de un bastón que blandía con chocante petulancia.

El pequeño le vió y se detuvo al instante. En sus rodillas circuló —vivísimamente— un frío ancestral. Viró en redondo y corrió a ampararse detrás del remendón.

—Ud. adelante, patrón; yo... nada! —suplicó. El de la lezna, sin comprender el justísimo terror del pequeño, volvióse admirado:

—Hombre, qué te pasa? Camina...

El pequeño no contestó; miraba al viejo del bastón que en aquel mismo instante cruzaba ya la calle y se perdía por la esquina opuesta. —Ya se fué, patrón, —gruñó sacudiéndose de alegría y sorteando el cuerpo del zapatero, corrió a ocupar la delantera, no sin mirar cautelosamente la bocacalle por la que había desaparecido el tremendo bastón con su militar retirado.

Debía frisar en los treinta años, pero su sonrisa y su estatura de recién llegado desde el rostro del primer niño del mundo, le achicaban el tiempo y le daban ese aspecto que tienen los pequeños minutos caídos sobre el pasto desde la Cuenta General del Cielo.

Antes de bajar a engrosar la copiosa hueste humana, no había sido ángel, no había sido duende, no había sido ni siquiera mono. Tampoco había gozado de la dudosa progenie adámica, porque de ser así, en alguna vuelta de la gran Rueda, hubiera merecido la distinción consagratoria de infernalizarse.

El, no había conocido el Cielo de los espíritus humanos, el Limbo de los aplazados, ni el Infierno de los réprobos. Los blancos fox-terrier y todos los animales pequeños, al morir, pasan a un estado crepuscular cuyo medio interno se halla tapizado de nubecillas de leche materna. A la hora del renacimiento, esta dulce sustancia les conduce a un nuevo regozo carnal y... otra vez, a ladrar y a recibir bastonazos o platillos de leche de vaca en las casas de los ricos.

Su madre de "hoy" era una pobre idiota que al desembarazarse de él, le había acunado como expósito en un basurero. Así, no conoció ni a su padre ni a su madre; y, como su existencia inmediata anterior sobre el Mundo había sobrellevado en cuerpo de fox-terrier, mal podía, al ascender al soberbio Grupo humano, ocupar la categoría de un niño normal y peor, rico. Debió nacer así: humilde, tontuelo, puro, desinteresado, leal, no sé quién.

(Quinientos años atrás en el Tiempo, y antes de encarnar en su actual cuerpo humano, el pequeño había sido un

distinguidísimo fox-terrier de propiedad de una bella literata inglesa, en el Condado de York).

Apareció de pronto cierto día jueves, frente al mohoso portón de la tenería de los Müller.

Cuando los niños le descubrieron, hallábase en cuculillas —atentísimo como los de su raza anterior— ante la boca de un sumidero. Zancudo que salía, iba a dar —soñoliento y flébil— en la mano perruna del pequeño cazador.

Uno de los chicos, un pecoso de nariz respingada, se le acercó resueltamente:

—Qué haces? —inquirióle.

—Yo...? Nada... sufro.

—Y, de dónde vienes?

—Yo...? Nada... vine.

—Y, quién eres?

—Yo...? No sé quién!

—Entonces, puedes llamarte aunque sea JOSE...

—José Nosequién, —gritaron a coro, los otros niños y desde entonces le quisieron súbitamente. El, les enseñó a jugar como juegan los perros, es decir, desinteresadamente, sin deseo de ganancias, angelicalmente. Pero, en cuanto los adultos le llamaban, acudía solícito, y se echaba encima los inmundos fardos, o lavaba los pisos negros de las fondas, o transportaba salivando copiosamente pero honestamente, las grandes ollas colmadas de caldo de mondongo.

Cuando los niños estaban en la Escuela y no había menesteres para él, correteaba solo, retorciéndose de tanto en tanto y corbeteando con cómicos escorzos; parecía querer echarse un mordisco en las espaldas. Alguna vez deteníase y se aproximaba al muro más cercano; alzaba el pie izquierdo, lo apoyaba tinosamente en la mampostería y orinaba, mirando hacia un costado.

Un solo defecto llegó a empañar la cándida animula de José Nosequién. Se dice que en cierta ocasión, se cruzó en su camino con un fox-terrier redondo, níveo y perfumado, ostentando una cinta rosa en el cuello. José lo vió, se le encendieron los ojos, arriscó la nariz y sin cavilar un instante, se inclinó a recoger una piedra. Al verlo, el fox-terrier de casa rica, lanzó un gemido angustioso y desapareció como esas motas disparadas por las carabinas de entrenamiento.

Al cumplir los treinta y dos años, José Nosequién, desapareció intempestivamente del agrio y rojizo barrio de las curtiembres. (Sólo una persona conoce la verdadera causa de esta aparente infidelidad e ingratitud).

Fue una mañana de Junio, luminosa. José acababa de despegar su pie izquierdo del poste de hierro que se alza frente a la tenería, cuando divisó una figura esbelta, que avanzaba hacia la construcción.

La párvula alma humana de José, en la que mil invisibles hilos de su antigua alma animal se entrejían aún, comenzó a vibrar con la delicadísima atención del recuerdo. La figura era la de una bella mujer inglesa. Avanzaba, elástica, despreocupada, canturreando quedamente, robada el corazón por el fulgor de Junio. José Nosequién la esperaba, temblando. Brillaban sus ojos; parpadeaba nervioso. Un suave gruñido ahilábase en su garganta. Cuando la tuvo a pocos pasos emitió un cariñoso gruñido como quinientos años atrás. Corrió hacia la dama, sonriéndola y describiendo cabriolas de congratulación (como hacía quinientos años, allá lejos).

Los cinco siglos pasados fueron, en ese instante, sólo un delgado velo que inmediatamente se desvaneció. La había reconocido, con la oscura y dulce porción de lo que había sido. (También era una recién llegada). Lanzó otro gruñido de ternura y saltó sobre la asombrada mujer. Por un segundo se empinó sobre sí mismo, en dolorosa distención, y colocó sus pequeñas manos sobre el hombro de la extranjera. Abrió la ancha boca roja, sacó la humeante lengua y le regó el aliento sobre el cuello. La mujer lanzó un chillido, nerviosa, ávida, asombrada. Y gritó: "Little, Little".

Al escucharla, José retiró las manos; sus ojos redondos se humedecieron; encogióse avergonzado, húmedo de humildad; dió una vuelta anhelosa en derredor de la bella y, enloquecido de un infinito afán, echó a correr y desapareció.